

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 6, 1a.4-7): *¡Ay de aquellos que se sienten seguros!*

Salmo (145, 6c-10): «*Alaba, alma mía, al Señor*»

2ª lectura (1ª Timoteo 6, 11-16): *Busca la justicia, la piedad, la fe, el amor.*

Evangelio (Lucas 16, 19-31): *Recibiste tus bienes en vida.*

Cuando nacemos no sabemos hablar, ni andar, ni comer por nuestra cuenta. Hasta que al abandonar el “nido” de la seguridad de vivir a costa de otras personas, aprendemos a saber prescindir de cosas y hacemos con nuestra propia personalidad, con nuestra propia manera de ser, de entender la vida con un estilo propio; para saber las cosas necesarias, es preciso recorrer unas etapas de aprendizaje antes de llegar a ser personas adultas.



Las personas, desde que nacemos, llevamos incorporado todo lo que somos; pero, la dificultad estriba en que desde muy pequeños nos presentan con más facilidad las cosas que tenemos, las que tienen los otros y lo que deseamos de los demás. Todo esto está en el exterior de nuestra persona y en el exterior de los demás. Lo que realmente necesitamos para vivir es muy poco y nos lo regalan generosamente porque es propiedad de las personas que nos quieren.

A la hora de acercarnos a la realidad lo primero que deberíamos hacer es discernir si esa parte de la realidad a la que nos enfrentamos es algo de lo que hemos perdido y lo estábamos buscando. Esto nos lleva a buscarlo primero en casa propia, limpiando a fondo todos los recovecos que tenemos, abandonando lo que nos

sobra y saliendo (ligeros de equipaje), al encuentro de lo que se nos había perdido. Poco a poco lo vamos descubriendo y poniéndolo, con más o menos acierto, en lo que vamos viviendo.

La primera mirada que hacemos a los diferentes es una mirada externa y superficial. Al mirar con el corazón aprendemos a personalizar; y así, cada persona la percibimos diferente a nosotros y diferentes entre sí. Todos somos personas distintas, con nuestra forma de entender y de vivir la vida. Sí, aprendemos a mirar, pero, **¿hemos aprendido a ver?**

Después de leer el evangelio de hoy, nos preguntamos: ¿Hacia dónde dirigía su mirada ese hombre rico? ¿A los cielos, quizás, para agradecer y bendecir a Dios por su riqueza? ¿O hacia adentro de sí mismo, imaginando tal vez los lujosos vestidos que se pondría esa noche para el banquete? ¿O miraba tal vez alrededor, para ver quiénes le saludaban, quiénes le aplaudían o quiénes le felicitaban?

Desde luego, no hacía abajo, no hacia el lugar donde Lázaro yacía. Después de todo, ¿para qué detener la mirada en el mendigo que yace a las puertas de la casa? O tal vez sí lo hacía, pero viendo no entendía, o entendiendo no sentía, o sintiendo no compadecía, o compadeciendo, no llegaba a la acción.

No fue sino hasta que dejó esta vida y pasó por las puertas de la muerte cuando, ya sumido en el dolor *«levantó lo ojos y vio...»*. Entonces sí vio... Vio a Lázaro, y vio a Abraham, y se vio a sí mismo. Entonces vio la inutilidad de haber gastado su dinero egoístamente, y vio a sus hermanos, y vio el estilo de vida que llevaban, y vio que acabarían tan mal como él... Entonces sí vio, pero ya era tarde. Y es que cuesta mucho **“aprender a ver”**.

Ser cristiano no es aprender unas oraciones o los diálogos de la misa; tampoco es aprender de memoria algunos pasajes de la Biblia o el catecismo entero; ni es cumplir los mandamientos con las menos faltas posibles. Ser cristiano es ir dejando que el Espíritu de Dios vaya iluminando los ojos de cada uno de nosotros con la mirada de Jesús; es permitirle que transforme nuestro corazón con los sentimientos de Jesús, que fortalezca nuestra voluntad con la fuerza de Jesús. Ser cristiano es **“aprender a ver”** al modo de Jesús.

Sabemos a dónde se dirigía la mirada de Jesús: Primero hacía arriba, hacia su Padre, porque en el encuentro con Él comprendía mejor el sentido de su vida y de su misión y en Él hallaba la fuerza para realizarla; sin duda, dirigía su mirada hacia adentro, para constatar que su voluntad y sus sentimientos se fueran ajustando a la voluntad de Dios.

Pero Jesús también dirigía su mirada hacia afuera, hacia los demás, y no para juzgarlos o condenarlos, sino para hacerles llegar su misericordia y su perdón. Y también dirigía su mirada hacia abajo, hacia los oprimidos... Sí, hacia aquellos que yacíamos llagados a las puertas de su casa y estábamos ávidos de llenarnos de la abundancia de su mesa.

Dios nos mira por fuera: ve lo que pasa, lo que hacemos, lo que decimos..., y también mira nuestro interior: lo que sentimos, lo que sufrimos y lo que gozamos y, desde ahí, ilumina el camino que podemos recorrer con otras personas. Por eso no podemos abandonar a ningún hermano en la calle, a la puerta de nuestra casa y recogiendo las migajas de lo que nos sobra. Es necesario que todas las personas y todos los países puedan disponer de lo necesario para vivir, para desarrollarse como personas. Así ama el Padre Madre Dios a cada persona. Ve lo propio de cada uno, lo singulariza y le ofrece la posibilidad de hacer camino, los unos con los otros, y así poder vivir y construir un mundo de hermanos.